

Reseña bibliográfica

Francisco García Marcos. 2010. *Aspectos de historia social de la lingüística. De Mesopotamia al siglo XIX*. Barcelona: Editorial Octaedro.

Emiliano Battista*

Instituto de Lingüística, Universidad de Buenos Aires
CONICET

Francisco García Marcos (Terrassa, Barcelona, 1959) es catedrático de Lingüística General en la Universidad de Almería. Sus obras –*Nociones de sociolingüística* (1992), *Fundamentos críticos de sociolingüística* (1999), *Sociolingüística e inmigración* (2003), *La divinidad políglota* (2005), entre otras– muestran que su actividad científica se ha concentrado en estudios de orden sociolingüístico, y que el tratamiento que ha pretendido brindar a los datos ha sido el resultado de un análisis que él mismo presenta como integral. En el presente libro, específicamente, procura practicar –aunque no lo haga de manera exhaustiva– una interpretación social de la historia de la disciplina, de modo que la historia de la lingüística se presente en el marco más amplio y general de una historia social.

Aspectos de historia social de la lingüística. De Mesopotamia al siglo XIX es la primera parte de una obra que habrá de completarse con un segundo volumen, este último sobre la lingüística del siglo XX. En este sentido, se reproduce aquí el modo de presentación de una obra de carácter fundacional en la materia, como es la *Historia de la lingüística* (1967) de Georges Mounin, quien también destina una segunda parte para el tratamiento específico de la lingüística del siglo XX (1972).

En el presente libro, en líneas generales, García Marcos se propone no solo trazar una historia del pensamiento lingüístico, sino también demostrar el notable vínculo que encuentra entre el modo de estudiar el lenguaje propio de una época y los factores externos en los que se encuadra y que, a su vez, lo determinan. En este punto radica, quizás, el rasgo distintivo de su aporte respecto de otras historias de la lingüística, pues el autor se propone alcanzar una “historiografía integral” que reúna diferentes perspectivas en la interpretación histórica de los hechos lingüísticos, sin necesidad de caer en aquello que él denomina “dogmatismo epistemológico” (11).

La obra, destinada a un público no especializado en el tema y caracterizada por su presentación pedagógica, cuenta con una sección de “Palabras previas”, una “Introducción” sobre lingüística, historia e historiografía científicas, y luego una serie de cuatro capítulos que comprende los siguientes períodos: la Antigüedad, la Edad Media, el Humanismo y la Ilustración, y la lingüística del siglo XIX.

En la primera sección, en el marco de la historiografía científica en general, el autor plantea un debate epistemológico entre “internalismo” y “externalismo” (9), una oposición que considera ostensiblemente ociosa en la actualidad. Es así que rechaza aquello que denomina “internalismo milimétrico” –esto es, la historia de una ciencia contemplada única y exclusivamente desde dentro de sí misma– ya que considera que no satisface las mínimas exigencias explicativas. Según el autor, entonces, es necesario tomar en consideración la intervención de lo externo al momento de realizar una historia científica.

En la “Introducción”, García Marcos presenta su punto de partida: “la convicción de que el conocimiento científico sólo puede ser contemplado desde una provisionalidad inherente” (15). También aclara ser consciente de que dicho conocimiento tiene una vigencia limitada,

* Correspondencia con el autor: ironlingua@hotmail.com.

que está en constante renovación y que da lugar a permanentes reformulaciones. En este marco, define la historiografía como “una reflexión acerca de la historia, una actividad científica susceptible de ser enfocada en modos y maneras diversos” (15-16).

Puntualmente, el autor propone “un bosquejo de modelo historiográfico para la lingüística, de neta inspiración integral” (19), conforme al postulado por Ludovico Geymonat para la historia de la ciencia. Para llevar a cabo esa tarea, recurre a dos criterios axiológicos: qué evaluar y cómo evaluar. El primero es un problema de base epistémica, según el que debe decidirse qué es y qué no es materia lingüística; esto es, cuál es el objeto de atención historiográfica en la ciencia del lenguaje. El segundo, a su vez, se encuentra dividido en tres niveles de análisis: el de la productividad epistémica, característica definitoria de una teoría lingüística; el de la recepción de la actividad lingüística, en tanto grado de dinamismo aportado por una teoría lingüística, incluyendo su génesis epistemológica y su fundamentación empírica; y el de su inscripción en coordenadas ideológicas más amplias.

El primer capítulo, “La Antigüedad”, parte del nacimiento formal de la escritura, fechado con acuerdo unánime en torno al III milenio a. C., en la ciudad mesopotámica de Uruk. Para García Marcos, este no debe ser considerado el producto de una intuición genial, sino una nueva consecuencia del propio desarrollo tecnológico alcanzado por aquella sociedad, que siendo capaz de desarrollar grandes cantidades de producción agrícola, y de almacenarlas adecuadamente, pudo pasar de la vida nómada a la sedentaria. García Marcos, entonces, advierte que, dado ese contexto, la escritura resulta una urgencia o un imperativo para controlar la actividad desarrollada en todos los órdenes de la vida social. Así, el autor presenta, en la antigua Mesopotamia, el recorrido social de la escritura, a la que observa como una destreza surgida de la propia dinámica social que iba incrementando de forma progresiva sus cometidos.

Luego, el autor se detiene en el “mítico Egipto de los faraones”, un período que considera a mitad de camino entre la reflexión lingüística propiamente dicha y un conjunto de saberes sugerentes para aquel que hace historia de la ciencia. Específicamente, García Marcos encuentra que la escritura jeroglífica “se desarrolla denotando de nuevo un espíritu de acomodación al entorno” (46): se abandona de inmediato la opción cuneiforme para acudir a un recurso tan abundante y cotidiano en las riberas del Nilo como era la planta del papiro.

A continuación, su análisis lo lleva a Israel, donde revisa el *Antiguo Testamento*, una obra que ha sido objeto de lecturas laicas y que, según el autor, ha aportado en dos aspectos fundamentales en lo concerniente a la historia de la lingüística. Por un lado, en tanto es el testimonio de una sociedad que maneja determinadas habilidades lingüísticas, que ha socializado un saber instrumental del lenguaje y que muestra una depurada conciencia sociolingüística. Por otro lado, los mitos que recoge han sido la principal fuente de interés para la historia de la lingüística. Específicamente, desde el Génesis, para García Marcos, el nombrar las cosas tiene un alto valor teológico: el Dios creador, a través de Adán, creado a imagen y semejanza de él, dota de nombres a las cosas. El mito de la Torre de Babel, por su parte, es “la primera explicación conocida sobre la diversidad lingüística”, e “implícitamente acepta un origen monogenético acerca del lenguaje humano” (53).

Luego, García Marcos dedica un pasaje a la India, donde destaca una nítida reflexión gramatical en el *Astadyayu* de Panini, una obra de notable repercusión en tanto se convierte en el modelo a seguir para otras gramáticas que la han sucedido. En esta obra conformada por un conjunto de *sutras* o aforismos, el autor analiza las observaciones fónicas y gramaticales, así como algunas observaciones generales acerca del lenguaje.

En cuanto a la antigua China, el autor reconoce en el período Pre-Qin –entre el 700 y el 221 a. C.– la primera gran etapa que desarrolla un pensamiento lingüístico explícito y formal. Destaca el hecho de que el lenguaje aparezca como una de las grandes preocupaciones de los

intelectuales chinos durante el período y que entre las temáticas acuñadas sobresalgan dos: la relación entre *yan* (lenguaje) y *yi* (significado), y la relación entre *ming* (nombre) y *shi* (cosa). Luego, revisa brevemente los aportes de Laozi (580-500 a. C.), Confucio (551-479 a. C.), Zhuangzi (369-290 a. C.), Xung Kuang, los autores maoístas y la escuela nominalista.

Sobre el final del capítulo pasa al análisis de la lingüística en la Grecia clásica. García Marcos advierte en los siglos V a II a. C., de la mano de un notable crecimiento socioeconómico y político, “un desarrollo extraordinario del conocimiento humano”, sin parangón en la historia de la humanidad (67). Específicamente, el autor encuentra que el lenguaje es objeto de atención desde dos frentes prioritarios en la antigua Grecia. Por un lado, el corpus doctrinal de la filosofía mostró interés por la relación que pudieran mantener la forma lingüística y su contenido nocional, la evolución de las palabras y los procesos de significación. Por otro, en un contexto social que articula un sistema democrático –y junto con él un mecanismo oficial de uso público de la lengua– la palabra resulta un instrumento para influir en el pueblo, de modo que la discusión en torno a la utilización de esa técnica o a la capacitación en este arte “no podía ser un asunto baladí” (77). Allí, rápidamente revisa el debate entre las posiciones “naturalistas” y “convencionalistas” (78), y cómo ellas se vierten, a grandes rasgos, en las tesis defendidas desde la anomalía y la analogía como principios rectores y explicativos de las lenguas. En cuanto a Platón, Aristóteles y sus continuadores, García Marcos considera que en sus obras hay interesantes gérmenes de observaciones lingüísticas, y analiza sus contribuciones no como lingüistas sino como filósofos que “precisaron desentrañar cuestiones lingüísticas para avanzar en sus respectivas teorías del conocimiento” (80). A continuación, se detiene en algunos de los aportes de la escuela estoica y analiza, en el período helenista, las contribuciones de las obras de Apolonio Díscolo –el primer gran teórico disciplinariamente independiente de la lingüística occidental– y de Dionisio de Tracia –el gran modelo inspirador del quehacer gramatical occidental a partir de ese momento.

En el final de este capítulo, por último, analiza cómo Roma se ocupó de transmitir y adaptar los conocimientos heredados de los griegos. Revisa la obra de Varrón, a quien encuentra sensible al uso lingüístico y a lo que hoy se conoce como naturaleza pragmática del lenguaje. También se detiene en el *Ars grammatica* de Remio Palemón y en la *Institutio Oratoria* de Quintiliano –manual didáctico cuyo fin era formar al alumnado en el arte de la retórica. En cuanto a esta última obra, destaca principalmente su afán pedagógico y la condición de modelo que adquirirá al proyectarse sobre los manuales que circulen durante la Latinidad tardía.

El segundo capítulo, “La Edad Media”, parte de la apreciación de que la lingüística “no ha sido una excepción” con respecto a la convicción general de que los años comprendidos entre la caída del Imperio Romano (siglo V) y el Renacimiento (siglo XV) conformaron “un período oscuro, un largo y silencioso paréntesis, flanqueado por épocas pretéritas y futuras de mayor esplendor” (93). En este período, no obstante, García Marcos destaca los aportes de dos autores. En primer lugar, la obra de Agustín de Hipona (354-430), quien, en su *Doctrina Christiana*, desde el principio distingue claramente entre signo, significado y cosa; y así muestra que, desde su visión, el lenguaje no es la idea, sino el signo a través del cual esta se manifiesta. En segunda instancia, también revisa brevemente la obra de San Isidoro de Sevilla, y encuentra en ella el paradigma de la indagación etimológica medieval.

Luego, García Marcos se detiene en el aporte de Guillaume de Conches, quien pretende vincular el marco descriptivo con una teoría del lenguaje pertinente, un objetivo que el autor ve como prioritario de la reflexión especulativa medieval. Todo ello resulta significativo en tanto, para el autor, supuso “un salto cualitativo en la historia de nuestra disciplina: la

gramática dejó de ser un arte para convertirse en ciencia del lenguaje siempre dentro de los parámetros medievales” (118).

Menciona también el aporte de los modistas, y analiza brevemente el cuadro de categorías semánticas universales que, según estos, aparecían reflejadas en todas las lenguas y condicionaban cualquier tipo de estructura gramatical.

Por último, García Marcos toma en consideración la actuación de Alfonso X el Sabio y encuentra que, en su opinión, su obra constituye una clara intervención en ciertos asuntos que en la actualidad no dudáramos en analizar en términos de “política lingüística explícita hacia la normalización del castellano” (121), ya sea como lengua de cultura o de administración real.

El capítulo 3, “Humanismo e Ilustración”, se propone, según el autor, ir contra otras opciones de la tradición bibliográfica y –tal cual lo indica su título– abordar de manera conjunta la actividad lingüística desarrollada durante los siglos XVI, XVII y XVIII. A su vez, organiza sus contenidos relevando tres grandes intereses lingüísticos. En primer lugar, el interés descriptivo, centrado en el estudio de las lenguas (principalmente latinistas: Lorenzo Valla, Julio César Escalígero y Petrus Ramus), aunque también se registran estudios que apuntan hacia las lenguas vulgares y las lenguas no europeas.

En segundo lugar, el interés especulativo, corriente que se desarrolla indagando acerca de aspectos generales del lenguaje, y con el foco puesto concretamente sobre la explicación de su origen. Allí, García Marcos pasa revista sobre los aportes de Escalígero y Guillaume Postel, quienes sostenían la paternidad lingüística del hebreo frente a las otras lenguas. Sin embargo, el autor considera que sus obras son de destacar no tanto por las ideas expresadas, sino por advertir que ellas no obedecen a un “dogma de fe”. En otras palabras, encuentra que lo que efectivamente pretenden expresar esas obras es una “conclusión científica” (139), por más que luego pueda comprobarse en ellas ciertos desaciertos y que se advierta que sus resultados también busquen acomodarse a determinados dogmas.

En tercera instancia, aparece el interés teórico. En este punto, García Marcos se detiene sobre la *Minerva* de Francisco Sánchez de las Brozas, y relaciona su profundidad analítica con parte de las tesis chomskianas. También analiza la propuesta de los hombres de Port Royal y su *Grammaire générale et raisonnée* (1660), cuyo objetivo era extender al pensamiento lingüístico la propuesta cartesiana y formular entonces una gramática universal que fundamentara las particularidades de cada lengua.

También dentro de las teorías lingüísticas del siglo XVIII, el autor destaca la de James Harris, quien propone un esquema gramatical en torno a dos polos básicos, identificados con el nombre y el verbo, y que constituían los fundamentales del lenguaje; y la de Étienne Bonnot de Condillac, quien extrema las posiciones logicistas de Port Royal e identifica lenguaje y pensamiento hasta el punto de considerar que el análisis de ambos es una misma cosa.

Por último, el capítulo 4, “La lingüística del siglo XIX”, analiza el desarrollo de un pensamiento lingüístico (el método histórico-comparativo) ostensiblemente renovado en Europa, y sujeto al paradigma científico imperante en aquel tiempo (el positivismo científico). En este período, García Marcos destaca específicamente el intento de “homologación epistemológica” dentro del área: en lingüística el objetivo es el establecimiento de relaciones de parentesco entre las lenguas. A su vez, frente a las especulaciones del siglo XVIII, se registra un predominio total de los datos constatados empíricamente: observación, inducción y generalización son los únicos pasos metodológicamente adecuados. En este período, el autor analiza los aportes de los precursores del comparatismo en Alemania: Friedrich y August von Schlegel, Franz Bopp, Rasmus Rask y Grimm. También se detiene en la obra de August Schleicher, en quien reconoce tres grandes líneas de contribución: su teoría evolutiva,

sus intentos por reconstruir la protolengua europea y sus propuestas de clasificación tipológica (162).

Por último, el análisis del período se cierra con los aportes de los neogramáticos –entre ellos, Karl Brugmann y Hermann Osthoff. Específicamente, García Marcos encuentra que el aporte de estos autores es decisivo para entender el desarrollo de la lingüística contemporánea, pues su reacción contra la ley fonética de los comparatistas y su incorporación de la noción de analogía –entre otras cuestiones– dejaron el terreno preparado para el desarrollo del concepto de sistema lingüístico.

El libro de Francisco García Marcos, *Aspectos de historia social de la lingüística. De Mesopotamia al siglo XIX*, es, por lo tanto, una obra que pretende incorporar al análisis una serie de variables de orden social que, a su criterio, no pueden estar ausentes a la hora de la historización de una disciplina científica, en este caso, de la lingüística. Así, si bien en algunos períodos el número de ángulos desde los cuales observar los fenómenos lingüísticos puede encontrarse reducido por la falta de material documental, en otros casos la propuesta del autor se desarrolla satisfactoriamente y permite ampliar y enriquecer las interpretaciones tradicionales sobre los acontecimientos que han sido objeto de tratamiento ineludible al trazar la historia de la lingüística.

Bibliografía

Mounin, Georges. 1967. *Histoire de la linguistique des origines au XXe siècle*. París: PUF.

Mounin, Georges. 1972. *La linguistique du XXe siècle*. París: PUF.